

Una muchedumbre de cosas intermedias

Enrique Arias Beaskoetxea

Había acontecimientos que eran tristes de una vez por todas;
había cosas agradables y había una muchedumbre de cosas intermedias.

Rainer María Rilke

Memoria remota

¡Oh memoria que apunta lo que ví,
ahora se verá tu auténtica nobleza!

Dante

-|-

Con un dedo pegado al cristal
señala su preferencia,
la elección más importante
de aquel año y quizás
la primera opción esencial
de toda una vida.

Desatento a los reclamos,
abstraído de las voces,
del sonido de la canción,
la vista dirigida
al objeto deseado.

La mano quisiera
traspasar el cristal,
dejar una señal,
las huellas de unos dedos,
el rastro de un aliento,
y que así comience el viaje
que lo llevará a la casa.

Recuerdos confundidos
con una vieja fotografía
donde un niño con pijama
abraza el regalo
con los ojos bien abiertos
hacia el anhelo cumplido.

Rastros de un tiempo
“cuando desear todavía era útil”

- || -

Los viajes a la playa
serán una aventura asombrosa
para un niño que aún no sabe
calcular tiempo y espacio.

Como argucia familiar
para aliviar la espera
se asigna el puesto de vigía,
oteador atento al lado
izquierdo de la carretera
hasta encontrar un árbol
inclinado por el viento,
señal natural del desvío
hacia una playa solitaria,
su propia, singular playa.

Días de sol, juegos
y acopio de conchas.
Espuma de la mar,
salitre en la piel.

Comida preparada al fuego
sobre la misma arena
y como premio final
una inmensa rodaja de fruta.

Lento transcurrir del día
hasta que el rojo sol
se hunda en el mar,
señal de regreso a la ciudad.
Grabado en la memoria
el último rayo abatido,
desaparecido en el horizonte.

Medio somnoliento
en un coche que avanza
en la noche, no sabrá
si fue vívido o soñado
esos extensos días
de incontable felicidad.

- III -

Visitas imprevisibles
como el viento del desierto,
no se sabe cuando llegará
ni cuánto permanecerá.

Presencia inmensa,
familiar, camarada
que hace reír a los adultos,
para los niños visión
de un personaje de cuento
que llega con regalos
comprados en puertos
por vez primera escuchados.

Alguien que guía sereno
su propio barco mercante
que imaginamos siempre
distinguido, veloz, seguro.

Acostumbrado a permanecer
asentado sobre los pies,
se sienta como si fuera
la primera vez en siglos.

Y sin embargo listo
para emprender el viaje.

Viviendo con la entereza
de quien maneja su vida
y a nada puede temer.

-IV-

Salir fuera de la gran ciudad
tendrá su atractivo en el viaje
más que en la meta, hoy olvidada.

Cada tramo, una pausa.

La primera, una visita
a una taberna donde alguien
explica el ritual preciso
para beber un tequila,
mientras los niños
son expulsados a la calle.

Retrato de grupo,
camaradería infantil,
al fondo unas flores
inmensas y rojas
que surgen de la piedra.

La siguiente, un alto
al borde de la carretera
para observar si los volcanes,
hermano y hermana,
han despertado
de su sueño centenario
y con un rugido de humo,
fuego y lava candente
nos obligará a huir
en busca de refugio.

Esfuerzo por intuir
cómo un volcán
se duerme, si acaso sueña,
cuánto dura su sueño,
qué motivos o quienes
consiguen despertarlo.

Nunca verán ese despertar.

-V-

A la hora del recreo,
un único amigo reclama
la compañía para huir
traspasando el límite
que divide en dos
un patio de colegio.

Dos niños intentan
camuflarse entre los jóvenes
interesados en sus asuntos,
hacerse invisibles a las miradas,
buscar una esquina protectora,
alejados de los grupos,
de la agitación violenta.

Secreto y conversación
creada a media voz,
espacio de fantasía,
clandestino y particular,
donde no entra el estruendo
ni el ajetreo de los demás.

Mil veces descubiertos
por el guardián de la ortodoxia,
presto a recordar
que la línea amarilla
marca dos mundos separados.

Serán obligados a regresar
al lugar asignado por edad.

Aprendizaje cruel
de normas arbitrarias,
aleatorias, absurdas
que nos perseguirán
mientras vivamos.

-VI-

Tantas veces revisado
aquel momento crítico,
encrucijada que lleva
hacia otra orilla del mundo.

Mezcla en la memoria
de recuerdo revisitado
y relato interpretado.

Evocación confusa,
retrato de un niño confiado,
rodeado de adultos
que esperan tensos,
inconscientes de ese presente.

Presencia de una nave
con el pasaje dormido,
escucha de una voz
que reclama penosa
desde el fondo de un pasillo.
Silencio sobre el océano.

Difusas figuras
de caras desconocidas,
de nombres olvidados,
y sin embargo, quizás
único asidero al mundo.

Hallazgo de la soledad,
el desasosiego, el abandono
desde la mirada aturdida.

Principio de una época,
formación del carácter,
pretexto para los fracasos.

Y en cambio ahora,
en el otoño de una vida,
entender que ya hace tiempo
que todo aquello quedó
atrás, extensamente lejos.

- VII -

Tal vez desde una ventana
alguien vio a un niño
trastear en una montaña de leña.
Andanzas en busca de amparo
creyendo que era un secreto
que nadie advertía.

En todo caso
nadie pudo saber
de la búsqueda de espacios
creados por el azar,
de la burbuja de aire
entre los maderos
donde la luz y el sonido
llegarán amortiguados,
protegido de un mundo
inseguro, abandonado.

Respirará la resina,
perseguirá los haces de luz,
ralentizará la respiración.

Inmóvil, silencioso,
desaparecer en el castillo
que se hace y deshace
cada mañana.
Madera consumida
por un horno de tahona

Será casa y refugio,
caparazón de tortuga,
alcatorio, efímero, pausado.

- VIII -

No bastaba que los mayores
dijeran que aquellas piedras
habían perdido su valor,
que su tiempo había pasado.
Cada verano formarán
una hilera hacia la mina,
por caminos de asfalto,
luego de tierra y al fin un río
donde rastrear indicios
de piedras brillantes
examinadas con ojo experto,
guardadas en el bolsillo
o bien devueltas al río.

La mina abandonada tenía
los componentes adecuados:
travesaños derrumbados,
vagonetas oxidadas, oscuridad
y un suelo encharcado.

La pesquisa nunca fue
más allá, acaso bastaba
haber alcanzado aquella meta,
lugar de viejo esplendor
donde tantos trabajaron
hasta la extenuación
y unos pocos se lucraron,
ahora lugar de juegos
para niños que buscan
un rastro de metal brillante
en la piedra abandonada.

Entonces era la hora del regreso,
la aventura finalizada,
calmada la imaginación
con lo entrevisto, material
para relatos de expedición
y un botín escaso en precio
pero no en valor.

Memoria intermedia

Somos nuestra memoria, somos ese quimérico museo
de formas inconstantes, ese montón de espejos rotos.

Jorge Luis Borges

-|-

Resulta difícil identificar
y traer al presente
aquello que fuimos,
inaugurando el mundo,
amor, viaje y letras.

Ahora sombras en el olvido,
ensueño y desesperanza.

Intento vano de evocar
las razones de aquella fe
en el cambio para un mundo
estático y gris como un muro,
en la explosión de luz
que habrá de llegar
tras las ansias y desafíos.

Vestigio de unos días
durmiendo junto al mar
oyendo toda la noche
soplar la tramontana.

Por toda pertenencia
cigarrillos y unas monedas
para un café matutino.

Dejarse caer en el día
como si nada fuera terrible.

- || -

El fruto de las horas perdidas
al borde de la carretera
esperando a un conductor
generoso, desconocido,
será siempre imprevisible:
un lugar de nombre
insólito y olvidable
donde la noche nos atrapará,
nos aquietará en un abrazo,
defensa frente al presente.

La mañana aproxima
el ensueño de la ciudad,
final de etapa ansiada
al alcance de la mano,
pero la ruta trae
el descubrimiento azaroso
de un pueblo pequeño
al borde del mar.

Un mercadillo de objetos
cotidianos y una música
liberada del olvido,
la revelación del fado
en la voz de una mujer
legendaria, cuasi olvidada.

Rescate de un tesoro hundido,
vestigio de un lejano naufragio.

- III -

La niebla cerca la casa
durante los meses
del despoblado invierno.
A través de la ventana
vigilar la quietud brumosa,
lenta escapatoria del tiempo.

En soledad, sin afán,
habitar la languidez
como se desperdicia
la última copa de vino.

La luz de la primavera
limpiará el espacio
de grisura y escarcha
mostrando un rosal
que pugna por crecer.

Observar día tras día
su lento desarrollo,
cortar la primera rosa,
llevarla a la casa
para vivir su marchitar
recoger pétalos caídos
en un bol de cerámica
donde se secarán
al ritmo del cansancio vital.

-IV-

Sin coche propio,
sujeto a horarios bizarros,
regreso de domingo
en un autobús semivacío
a una casa desierta.

Quedarse absorto
con la visión del astro
ocultándose pausado
tras las montañas,
creando un caleidoscopio
otoñal en rojo y plomo.

Saber que la llegada
será nocturna y fría.
Ensoñación y anhelo,
recurrente esperanza
de que alguien aguarde
con una luz encendida.

Aprovechar ese momento
de placer y afinidad.

Silencio en el vehículo,
extraña serenidad.

-V-

Habitará una casa prestada
rodeada por un invierno sin fin,
desolada luz gris perla,
por toda ocupación leer
para enfrentar el insomnio
y procurar no perder el rumbo.

Ganará unas monedas
desentrañando ecuaciones,
monumentos esotéricos
para un adolescente.

Más que desvelar misterios,
mostrará caminos y tretas
para perder el miedo
a lo desconocido,
tarea lenta y subliminal.

Avance y retroceso
en la propia confianza,
horas sin fin dedicadas
a curar la marca interior.

Con el verano llegará
la prueba final, superada
con asombro, como se pierde
la inocencia ante el mundo.

Pensará que aquel será
otro desde entonces
y en algún oscuro momento
de revisión vital
recordará aquellos días
de ecuaciones y frío
como el comienzo de etapa,
naciente alejamiento
de su propio miedo.

-VI-

Ella tomará su brazo,
acercará el cuerpo
protegiéndose del viento,
sus manos pequeñas
apretarán el abrigo.

Se mirarán los rostros
sín que llegue entonces
palabra alguna.

Ajenos al espacio
pleno de olor a salitre,
ajenos al tiempo detenido,
al tráfico suspendido
por las luces sincopadas.

Permanecerán inmóviles
hasta que la muchedumbre
los arrastre con su inercia.

Llegarán a la puerta
de una vieja casa
donde se dejarán caer
en el amor mientras
los párpados aguantan
abiertos, dulces,
las miradas absortas.

- VII -

Primeros pobladores
de la tierra, colonos
de un nuevo mundo,
mantienen la atención
con los ojos bien abiertos
y la respiración alerta.

Pleno descubrimiento
del nombre de los objetos,
de animales y utensilios,
de colores y números.

Sonidos que son
una sensación inédita,
básica, cualidad
más que un atributo.

Sólo los niños pueden
vivir concentrados
entre la ignota realidad
y el mundo imaginado
mientras construyen
un antiguo juego,
el juego recreado
de la rayuela
entre el cielo y la tierra.

- VIII -

Evocación de un tiempo
con amistades de verano,
pocas referencias comunes
más allá del encuentro
ocasional y perecedero.

Tumbarse en el dique
por encima del nivel del mar,
observar el suave golpe
del agua contra la piedra,
seguir las estelas en la mar
hasta un horizonte finito.

Sin más propósito
que ver pasar las horas,
abandonarse a la calidez
del sol sobre la piel.
Alejarse de la conversación.

El pensamiento se aloja
en ensoñaciones plenas
de luz, cerrar los ojos
como si nada pudiera
quebrar la tranquilidad
del instante detenido.

Memoria cercana

El pasado es un país extranjero:
allí las cosas se hacen de forma diferente.

L. P. Hartley

-|-

Una ciudad amurallada,
una calle medieval,
en una vieja y extensa casa
una habitación construida
con elementos de descarte.

Un armario devaluado
por su edad y estilo,
un cama mil veces usada
con crujidos entreverados.

Una mínima mesa de madera,
con papeles apilados,
libros instalándose
en espacios imposibles

Paredes pobladas
de réplicas, postales
y un cartel de cine
con un diálogo mítico:
“Dime una mentira”.

Y una gran ventana
con vistas a un muro
de una residencia
final de recorrido.

Cada habitación, un mundo,
cada mundo, una isla,
cada isla, un individuo.

Y horas de reunión
bajo una luz blanca,
alcohol abrasando gargantas,
café incendiando mentes,
palabras urgentes
y versos esenciales.

- || -

Ineficaz intento de situar
en cual de los viajes
a la ciudad blanca
el rumbo se orienta,
con leve propósito,
hacia el recorrido
por la carretera
del poema de Pessoa.

Encaminarse y al tiempo
rememorar los versos
que en esos momentos,
precisamente entonces,
se escapan sin remedio.

La ciudad rodeada
por una estrecha carretera,
el bosque y la niebla
crean un escenario débil,
melancólico y tranquilo.

Integrarse en el paisaje
al modo de un figurante
que conduce sin prisa,
sin esperar nada del ahora.

Final de una escena
de la vida, final abierto
a mil posibilidades.

- III -

Una presencia gris
recorrerá sin descanso
por toda la casa
camínos no trazados,
sólo perceptibles
para su naturaleza.

Subir a la cama,
acurrucarse vigilante,
proteger al durmiente
del dolor, de la herida,
de la soledad humana.

En la casa sin presencia,
calmada dormitar al sol.
Cuando se despereza
estirarse, calmar la sed,
deambular, en un descuido
derribar algún libro,
luego esperar un regreso,
estática junto a la puerta.

Un gesto cruel, instintivo
provoca la separación,
a partir de entonces
esperará en vano,
celosa y abandonada,
un regreso, un rescate

-IV-

Viaje inverso por el río
desde su encuentro con el mar
hasta su origen en la piedra.

Las últimas etapas marcadas
por la leyenda del poeta,
la ciudad circunvalada
por el río y los álamos,
las calles paseadas,
los cafés visitados,
el lugar de su trabajo.

El final del viaje será
mezcla de dos leyendas:
la vital y la escrita.

Una pared de roca,
un pozo sin fondo,
un crimen por codicia,
oscuridad de las aguas,
silencio del aire.

Versos ligeros, invocados,
percibir la sensación
poética, vital, mítica.

- V -

Entre el catálogo de piezas
visitados en un museo
alguna rara vez,
igual a una revelación
uno te atraparé,
sutil conmoción
que detiene el aliento
y te mantiene inmóvil.

Un cuadro de pequeño formato:
un jardín, casi un laberinto,
con una flecha en su interior
que no indica dirección
sino que apunta al centro
del sentir, puerta abierta
al mundo arquetípico.

Imagen críptica, fascinante
por lo que dice y lo que calla,
intuición de la pintura,
contemplar profundo.

Absorber con la mirada
toda su materia, su espíritu.
Aprehender su significado.

-VI-

Recorrerá el camino
que va de la casa al lago,
aunque ni un solo pensar
en apartarse, salir
del margen señalado.

Mas llegará la exhortación
a romper el muro aparente
delimitado por helechos.

Introducirse en el bosque,
zigzag entre las zarzas,
cruzar el riachuelo presentido,
derrumbarse bajo el cielo
de las copas de los árboles

Y más allá un claro de bosque,
círculo mágico de la luz.
Mariposa amarilla
de vida efímera y frágil
igual al momento sentido.

Territorio recóndito
que el hada de los bosques
revelará quebrantando
el misterio, entregando
en silencio el lugar de amparo
y sosiego, señalando
el camino hacia el corazón.

- VII -

Contarte una vez más
que una noche de viento sur
fuimos a la ciudad,
con una maleta mil veces
dispuesta y revisada,
cuanto tú pugnabas
por salir al mundo.

Contarte las horas
de espera inquieta,
el dolor extendido
a través de la mano.

Tu llegada por el pasillo,
gritando o llorando,
una vez medida, limpia,
ya vestida, radiante.

Aprendices e íermes,
interrogarse en silencio
hasta descubrir la simple
necesidad de comida.

Contarte que saciada,
sin pausa te dormiste
agotada por el esfuerzo de nacer,
acompañada a una respiración
que nadie te había enseñado.

Rendida a tu sueño,
mirarte para admitir
la naturaleza de prodigio.

Con los ojos entornados
y sonrisa elocuente
seguirás las palabras
al contarte, una vez más,
aquella noche de viento sur...

- VIII -

Nadar es un acto de libertad,
más aún, una forma de sentir
el mar inmenso deslizarse
con cadencia por la piel
mientras se avanza
a fuer de brazadas.

Enseñar a una niña
ese misterio, esa magia,
supone un contrato
de confianza, una partida
de un juego donde descartar
el miedo a hundirse,
caer hacia el fondo
de piedra y algas.

Como premio regresar
con la niña en la espalda,
sus manos en los hombros,
nadar a un tiempo
más o menos concordante,
avanzar como una unidad.

El triunfo que espera
es una orilla, seguridad
para los pies, suspiro final
para el esfuerzo empeñado.

A modo de epílogo

La poesía no es una liberación de las emociones, sino la escapatoria de ellas; no es una expresión de la personalidad sino una evasión de dicha personalidad.

T.S. Eliot

La memoria es sustancia formada por “el material del que se tejen los sueños”, por lo tanto inaprensible, frágil, impermanente.

Es su cualidad de impermanencia la que proyecta la paradoja vital.

En ocasiones, a la vez fogonazo en la mirada y “sueño, fantasma, burbuja y sombra...”, en cuanto que lección a aprender o material a revivir.

Pero antes ha dejado un rastro de su paso, un surco fácil de reconocer para el viajero perdido y desnortado. Su herencia no es la huella en el pasado sino ese camino de regreso.

En otras ocasiones, a la vez forja del carácter y elemento destinado a ser superado, en cuanto que lección aprendida o material ya inerte.

Entonces la memoria se convierte en elemento encargado de su propia conversión. La memoria quiere formar parte de la piel, el aliento o las lágrimas.

Los recuerdos habrán de ser olvidados, desatendidos, alejados, para terminar formando parte de la experiencia. Hasta entonces será difícil que “del centro de ellos se eleve la primera palabra de un verso.”